

LALITA Y SU CANGREJERA¹

La noticia de la muerte de Lalita me llegó con 3 meses de retraso, en boca de un viejo kamarada con el que solíamos compartir aventuras y desventuras en nuestra adolescencia. Había muerto en su lecho en plena actividad, ¿Dónde más podría morir?, en el burdel que desde hace muchos años regentaba en las minas de El Callao. Fue consecuente con lo único que aprendió en la vida, dar placer a los parroquianos en una cama.

Mis pensamientos me llevaron a aquella tarde cuando la conocí, yo regresaba de un encuentro furtivo con una noviecita del barrio, con la cual intercambiaba caricias y besos apasionados que me dejaban en un estado de gran excitación; y ahí estaba ella, recién mudada a una casita en el margen derecho del río.

Carajito ven acá, me dijo.

¿Yo?, pregunté titubeando y viendo azorado a la hermosa mujer que me hablaba desde el umbral de la puerta.

¿Quién más pendejo?, claro que tú.

Me acerqué tratando de disimular el bulto que aún no se había bajado y pensando mil cosas sobre el por qué esta mujer me llamaba.

Pasa susurró, mientras se hacía a un lado; yo pasé entre ansioso y confundido pues nunca, ni en mis más optimistas sueños, había estado en situación semejante.

Yo puedo solucionar ese problema, dijo señalando mi entrepierna. ¿Tienes un fuerte²? La pregunta me volvió a la realidad, ¿un fuerte?, yo que a duras penas conseguía para comprar medio³ de cigarros. Coño se acabó la ilusión, pensé. Sin embargo, vino en mi ayuda el viejo Manuel, experimentado buzo que nos decía siempre que cuando estás en peligro en el mar, es cuando debes tener más tranquila la mente; entonces recordé el antiguo cuento de las mujeres con cangrejera y con la determinación de salvar la vida que tiene el que se está ahogando, tiré la parada.

Mira Lalita, no tengo dinero, pero tengo un buen negocio para los dos

No me vengas con cuentos, que de eso ya tengo muchas historias, fue su respuesta.

¹ Viejo cuento sobre la existencia de una pequeña mano sedosa que aparece dentro de la vagina de algunas mujeres acariciando el miembro masculino durante la penetración.

² Moneda equivalente a 5 bolívares.

³ Moneda equivalente a ¼ de bolívar, con lo que comprabas 5 cigarrillos.

Pero yo estaba decidido a calmar mis ansias, pues aunque ya había jugado a las bolas criollas, hacía meses que no arrimaba una bola al mingo, y de paso mi noviecita, que no se decidía.

No Lalita, escúchame, nos vamos a beneficiar los dos, la idea es la siguiente, expresé ya dispuesto a usar el poder de convencimiento que creía tener. Mira, tu me resuelves este problema que tengo y yo me encargo de regar en el barrio que tienes cangrejera.

¿Cangrejera? Esos son cuentos chinos, ¿Quién carajo te va a creer eso?, me dijo con cierta expectativa. Ya está, pensé, la tengo, la agarró la curiosidad femenina y me fui de cuento:

Mira mi amor, expresé mostrando una confianza que no sentía, pero que entendía necesitaba demostrar; aquí en el barrio hay un viejo pescador que nos echa cuentos fantásticos a los muchachos y sostiene que sí existen las mujeres con cangrejas, pero que sólo los buenos amantes son capaces de notar esa manito sedosa, que hace más placentera la penetración.

¡Ajá!, exclamó; eso puede funcionar la primera vez, pero luego se van a dar cuenta del engaño, me dijo interesada por completo en la propuesta, y entonces yo quedo jodida pues me tiro dos, pero solamente cobro uno.

No Lalita, escucha el plan repliqué, bajando innecesariamente la voz, como en las películas de espionaje; yo me traigo primero a Raúl, ése todavía no sabe ni donde queda la cancha de bolas criollas; y le echo el cuento de que si no siente la manito, es porque no sabe hacerlo. Oye, cuando ese carajito esté en tus manos, tú te encargas de hacer que sienta una mano de cambur si es necesario.

¿Y él si tiene plata? Preguntó, ya convencida de mi plan maestro.

Claro, su papá es panadero y él sabe donde guarda los reales.

Okey, la vaina suena bien, porque tengo dos meses aquí y no he conseguido nada.

No consigues nada, porque los que tienen real no se van a aventurar a venir para el río y que los vean sus mujeres, pero si se trata de una cangrejera seguro que muchos se arriesgan, y después que el cuento corra, nadie va a venir y decir que es mentira, que no sintió nada, por el miedo a que los demás digan que no sabe hacerlo.

Ni que decir de la forma como la ahora dulce Lalita, cumplió su parte del trato; esa noche me persuadí que mi futuro estaba dibujado: Me dije, si convencí a Lalita, mi hermano, directo a la política.

Ahora me tocaba a mí cumplir, sobre todo porque me asignó el último turno cada día para analizar como iba funcionando todo. Con Raúl no hubo problemas, aunque su primo Luís que fue el segundo, y si tenía experiencia, me dijo que eso era mentira, que era igual que otras mujeres. Que el iba a descubrir toda la vaina, para que no jodieran a más nadie.

Esto ponía en peligro todo el plan. Fue necesario invitarlo a una reunión de emergencia en casa de Lalita y contarle el cuento, él se mostró interesado en ayudarnos, nunca supe si fue por solidaridad de amigo

o porque Lalita le asignó el primer turno diario. Pronto, la casa fue la más visitada del barrio y todos hablaban en las “conversaciones de hombres” de Lalita y su cangrejera.

La noticia se propagó a toda la ciudad, las mujeres no encontraban que hacer, pues sus maridos inventaban mil excusas para salir; éstos, ya no se cuidaban de ser vistos y Lalita no se daba abasto. Hubo que traer muchachas de la otra costa para atender la clientela, aunque la gran cola se formaba en la puerta de la habitación de Lalita.

Mientras tanto Luís y yo, formados como estábamos para la lucha desinteresada y solidaria tuvimos que ceder nuestros privilegios adquiridos y dedicarnos a la penosa tarea de hacerle el examen sobre capacidad y competencia, a todas las chicas que iban llegando. Está de más decirlo, pero nunca se vió tanta entrega y sacrificio, como el que demostramos en aquella época.

Ante tanta concurrencia Luís, experto en el manejo de masas, inventó una rifa cuyos primeros premios eran una visita al cuarto principal, y otorgando como premios de consolación los favores de las muchachas, que aunque hermosas, no tenían el don de la manito. Esto funcionó muy bien, hasta el momento en que el Jefe Civil cansado de no ganar nunca un premio principal y viendo que por su edad se le estaban acabando los cartuchos, decidió allanar el local y hacer presos a los presentes.

Las explicaciones que en la jefatura civil daban los maridos a sus esposas, sobre las reuniones de negocios en que se encontraban cuando los detuvieron, son dignos de otro cuento que ya contaremos otro día, lo cierto es que hasta allí llegó nuestro trabajo con Lalita, quien se fue de la Isla buscando nuevos horizontes y llevando en su cartera mucho dinero y su cangrejera.

Carlos Javier Acosta Pérez

C.I. 6.286.750

Cuentista desempleado